

Sopera

Si en los pueblos nórdicos se da la curiosidad, lo cierto es que la gente la disimula muy bien, se la queda para sí, la oculta. La adversa, y en ocasiones desapacible, inclemente climatología impide organizar la vida lejos del abrazo acogedor de los leños, de la llama del fuego, del rescoldo de las pavesas. Es cosa sabida de antiguo que el llar aúna, porque crepita y expande calor hogareño, un calor que invita al agrupamiento, a la charla en comunidad. La bonanza climática, por el contrario, separa, fracciona, yugula a las familias. Donde el sol abunda la gente marchar suelta, a su aire, y lo toma o no lo toma según su real gana. Por esta elemental razón, a medida que andando o desandando el camino se llega a un país meridional, lo normal es que la gente viva alejada del brasero, es decir, y para abreviar, de puertas afuera, entregada, un suponer, al dulce far niente napolitano, a la joie de vivre de la Riviera francesa, o a la sempiterna abulia atribuida a los pueblos hijos o nietos del moro, que ya por su afiliación a la abulia contemplativa demuestran su incuestionable superior grado de talento con respecto a los que viven entre máquinas con la cabeza inclinada sobre el torno sin un segundo de respiro para tomar un chato, llenar una quiniela, jugar a los chinos o echar un palo.

Dígame lo que se quiera, y en clara oposición a la maldición bíblica "ganarás el pan con el sudor de tu frente", el estado natural del hombre no es el trabajo; ca, es la vagancia. La ocupación del hombre primitivo es mínima, limitada: mata para saciar el hambre y para resguardar su constitución del frío (no de la vergüenza, que desconoce); mientras tiene carne suficiente no vuelve a cazar... Y fuera de esta actividad de la caza, o la del laboreo, impuestas ambas por las circunstancias, su norte y guía, el alfa y omega de su vida, no es otro que holgazanear, contemplar la naturaleza, tenderse a la bartola, y si la dicha Bartola tiene dieciséis aros y largueza de encantos mejor que mejor.

En Murcia, donde la temperatura es la más de las veces achicharrante y alguna que otra vez templada, no es de extrañar que la gente viva en comunión con la calle, en plena rúa, sufriendo, según pareciera, la vecindad, la mirada fisgona del prójimo y el aviso ajeno no por insolicitado menos desprendido y generoso. En Murcia, tan pronto como, en palabras refraneras, el marzo airoso y el abril lluvioso dejan paso al mayo florido y hermoso, las gentes del buen vivir (que tanto envidiaban los ordenancistas de Carlos IV, los del tópico y polémico alusivo y elusivo: gitanos murcianos y gentes de mal vivir) se echan a la calle, instalan en la acera sus sillas de anea, sus mecedoras de lona, sus catres con colchón de perfollas, sus tumbonas y gandulas, sus silletas de mimbre o sus banquetas de tijera, y se aprestan a devorar los encantadores minutos del relente nocturno luego de una supuesta jornada de agotador trabajo.

Las de la noche son horas de convivencia, horas de fraternidad, horas de cháchara organizada espontánea y popularmente a nivel calle, plaza, barrio, pueblo... Todos a la rúa, hale, a una, a buscar el menor soplo de brisica, porque la fosca de intramuros es amodorrante, inaguantable, insufrible. Por esto y, porqué no, por natural dicharachero, la gente busca el cielo abierto de la calle, el manto de las estrellas, bajo el cual todo está permitido y, en especial la palabra, el comentario, el chiste, la ocurrencia, la chufra, el chifle, la anécdota o el cachondeo. Y así, mientras el relente cae de plano sobre los masculinos pechos cubiertos por una blanca camiseta y las mamellas ensostenadas (no simplemente sostenidas) de las féminas, la comunidad habla más que escucha, porque también es vieja verdad que callar es más difícil, infinitamente más, que hablar.

He aquí la ocasión propicia para aproximarse a la mesa del vecino, sin demasiado sigilo, aunque tampoco con descaro, a fin de preguntar tonta pero respetuosamente:

— ¿Qué, cenando?

— Pues, sí, ya ve, cenando.

Esta y otras preguntas de parecido tenor, de todo punto capciosas, no las entienden los pueblos serios del norte, los pueblos secos, los pueblos del trabajo, los pueblos automatizados, es decir, convertidos en autómatas. Pero... ¡Qué sabrán de cenas los pueblos que toman sopa juliana de sobre, empanada de sardina "ready made", galletas con mermelada y té sin azucara las ocho de la tarde y se encaman! ¡Qué sabrán ellos del placer de un largo y cálido erupto medionochero! ¡Qué sabrán ellos de un magreo noctívago entre efluvios de alarises en los bancos del malecón! ¡Qué sabrán ellos de una pena de adversa fortuna reparada con un corrental de jumilla y una empanadilla de sesos en un ventorrillo a orillas de una "cieca"! Las cenas del Olimpo debieron, seguro, de ser tardías, abundantes, estomagantes si se quiere, pero singularmente deleitosas, nocturnas, a prueba de estómagos nocherniegos. Y así —tal que imaginamos aquellas— son las cenas murcianas, cenas reñidas con la línea, el velón y la etiqueta, porque, no en vano, el pueblo conserva inalterada en las venas la sangre bulliciosa de mil culturas que supieron compartir el ocio con la guerra, la alegría con el duelo, la fornicación con la mística, la glotonería con la abstinencia cuaresmal...

A partir de esa helénica hora del atardecer en que el sol se oculta tras los cerros del poniente, más o menos Sierra Espuria abajo, la "sopera" —nuestra querida institución local, esa institución que, como todo lo propio, lejos de humillarnos nos enorgullece— recorre, impenitente, incansable, insaciable, las calles de la vecindad con los juanetes asomando por las troneras de las alpargatas de orillo y no lo hace porque le guste deambular por deambular, sino porque sus células, sus figoneadoras células, la impiden vivir desconociendo lo que hacen, comentan, cenan, beben, penan, gozan, holgan o folgan los demás. De ahí su constante caminar, su ir y venir a lo largo de la calle, de las calles, diciendo acá y repitiendo allá lo de "pasaba por aquí...", o simplemente "buenas", o "¿qué hacemos?", esperando que alguien —sin duda que un incauto— le diga: "Anda, siéntate un rato", lo que será cortés, todo lo cortés que se quiera, pero poco prudente, muy poco prudente.

Otras veces dirá ella:

— ¿Qué, cenando?

¡Qué pregunta! Pues claro que cenando. ¡Qué otra cosa puede hacer un pueblo glotón, hambrón —no siempre hambriento— ante una buena mesa!

Luego de cubrir el cotidiano trayecto de ronda, la "sopera" estará en disposición de hacer una cabal radiografía de los gustos de sus convecinos, de sus estreñimientos o diarreas, de sus virtudes y flaquezas, de sus vicios y pecados. A toda buena sobpera se le puede preguntar —con seguridad de obtener una puntual información— qué comen los Legaces, los Máiquez, los Torne! y los zagales del tío Minguilla, qué ingresos entran en casa de los Pajareros, qué viste la hija de Enrique el del Molino, de dónde saca Teresa, la Pincelá, para los lujos que se gasta, con quién pasa los atardeceres don Gustavo, el señor de la esquina a quien se le supone querida frecuentada los días de labor... La

"sopera" o el "sopero" —que este es oficio ambisexo— saben de todo y de todos, nada ignoran y nada ocultan.

Lo peor que uno puede hacer es invitar a una sobera a que se siente en la mesa o en el portal (¡librennos los santos de tamaña tentación!), porque luego, una vez inpuesta, la mosquita muerta que aparenta ser divulgará cuanto se haya dicho en su presencia, aumentada la especie por todo aquello que ella haya creído entender o que, sencilla y llanamente se inventó para mayor gozo y deleite del público que la escucha, al que ella se cree en el deber de informar.

Nada más llegar uno de la tienda, entrar en casa y abrir un paquete, aparece la sobera; apenas poner el cocido en la mesa, aparece la sobera; en el preciso instante en que el joven matrimonio se encama para poner en práctica la sesuda observación de Ortega y Gasset de que la fisiología ha notado que sin un mínimo de fatiga el órgano se atrofia, aparece, como caída del cielo, la sobera limpiándose las manos en el blanco mandil de su aparente inocencia, preguntando con boquita de discreta:

— ¿A que no tienes una miajica de perejil?

A ver qué se le responde.

Hay, claro, "soperas" discretas que se sirven de alguien o de algo como pretexto. Sueltan, por ejemplo, el perro y lo azuzan para que se vaya hasta la esquina. Entonces salen corriendo detrás del bicho gritando: "chucho, ven aquí, chucho...", y mientras tanto, de pasada, con tacto y prudencia, más bien de soslayo, aprovechan para mirar lo que se cuece en la calle. Otras veces se valen de la hija pequeña para introducirse en una casa donde hay otra niña de la misma edad, o en el hogar de los ancianos que tienen pasión por los peques y sus nietos viven lejos, o... ¡Qué se yo! ¡De tantas y tan buenas artimañas se valen las soperas!

En las calles, en las esquinas, en el zaguán de las casas huertanas, son muchas las soperas agazapadas, cuidadosamente emboscadas, que ofician vocadas por una curiosidad insaciada, insaciable. Las hay de ocasión, quizá aún no profesionalizadas; pero cualquier tipo de sobera es preferible a la de tapadillo, la que niega serlo, porque contra ésta no se pueden esgrimir armas defensivas. Las otras, las de cuerpo entero, no se ocultan tras la varilla encubridora del abanico o el entramado del zarzo cornijalero, sino que miran por lo recto, a la cara, sin circunloquios ni solapería. En avistando a alguien por la senda ya las tenemos llevándose la mano a las sienes para cubrirse los ojos del solanero, y las tenemos guiñando la vista, y de tal guisa se quedan mirando y remirando, escrudriñando hasta que el tal se aproxima. En Murcia, donde el calor abrasa, la mano de pantalla en los ojos dispensa de toda fórmula de cortesía. Se enseña, de chicos a los niños a no señalar con el dedo, que es cosa fea, feísima, de mala educación. Pero sería imprudente amonestarles cuando miran al son cubriéndose con la palma; pues de no hacerlo, la factura del oculista podría subir bastantes ceros. Ponerse la mano por visera ha hecho escuela. La función crea el órgano. Y son muchos, muchísimos, los órganos que se enarbolan; muchos muchísimos los prosélitos de esta fórmula de curiosidad manifestada abiertamente, sin melindres ni malicia, sin ningún regomello.

La soperera es de condición indagadora, pregunta sin cesar, desmenuza las razones, encadena porqués, tiene algo de filósofo, y, aunque no la haya estudiado, conoce de carrerilla la regla básica inglesa de las siete uves dobles del periodismo:

— ¿Y esto para qué sirve?

La respuesta se acomoda a veces a la propia falta de tacto de la "soperera". No hay que arrugarse, no, al afirmar con respeto y contumacia:

—Para hacer hablar a los tontos.

Y si se enfada la "soperera" mejor que mejor, que le deje a uno en paz, vivir para sí los propios problemas, que le deje a uno gozar o llorar las propias penas sin inmiscuirse sin porparlarlas de aquí para allá como se propalan las volutas apavesadas que el margual arranca al brasero.

La "soperera" cae siempre en la sopa, invariablemente, de ahí su nombre, su mal nombre, su mote; y algunas hasta caen en la paella que se hace debajo de la higuera. Y si por un casual se la invita: "Siéntate y toma una sopita...", afinará primero que "no le tira mucho el arroz" y luego irá haciendo honor a su palabra tomando un pedazo y otro, libando un vaso de vino, una caña de cerveza o similar licor, así estará, a toda trágala hasta quedarse más "agestá que si tuviera la preñaera". Lo normal es extrañarse ante tamaña glotonería:

— ¿No decías que le tirabas poco?

— Pues sí, no es cosa que me tire mucho, me lo como por no hacer el feo.

— ¿El feo? ¡Atié con la tía! ¡Conque no le tira! ¡Pues anda que si le llega a tirar!

Sin duda que a la "soperera" le viene la ciudad pequeña, tan pequeña como a todo perro su caseta. No vive tras la celosía, que le pesa, vive en el patio de vecindad, en plena calle, principalmente a esa ya mentada dichosa hora de la noche en la cual hacen los murcianos del simple hecho de sentarse un arte mayor con ribetes de ciencia y arte y un mucho de rito. Los hay, qué rarezas, que se sientan normalmente, como dicen, no sé porqué ni dónde está escrito, que manda Dios, y los hay que se sientan de través, repantigados, en dos sillas, en tres sillas, en una silla y una banqueta, tirados para atrás, apoyando la nuca en las manos, mordiendo el espaldar... Y una cosa, tan sólo una, aúna a todos: se sientan cuidándose muy mucho de que no resulte la "recova" dañada en la acción.

Soperas de muy buena laya, de altísimos vuelos, no podían faltar en tierra donde las puertas nunca se cierran, en una ciudad que derriba democráticamente sus viejas murallas para que todos puedan penetrarla, poseerla, en un lugar, en fin, tan abierto, tan a propósito para la charla, la disertación y el calor de las copas. Pero si una "soperera" ilustre hubiera que entronizar como patrona de las murcianas curiosas, la tal "soperera" sería, sin duda, la Sor Patricia, beata murciana del siglo XVIII (apadrinada literariamente por González Vidal) cuya vehemente curiosidad hízola destacar como inventora del más grande artilugio fisgonero que vieron y verán los siglos murcianos: unos anteojos milagrosos, prodigiosos, enervantes, descubridores, con los cuales

anteojos podía ver a los hombres en los puros cueros, in púribus, sin necesidad de rubicones, desde la propia atalaya de su terraza, amparándose en el anonimato de la celda claustral, concluyendo, tras sus figoneos, la lora que los atributos viriles no son precisamente humo de paja, sino regalo para la vista, devaneo para el ovario y tortura para el caletre.

Dicen que cuentan las crónicas que Sor Patricia purgó su pecado de guipa en las lenguas de fuego de la pira inquisitorial. Pero ocultan qué fue de su invento, qué suerte siguió su invento. Un ingenio tan útil no ha podido perderse. Ni por pienso admitirlo. Hay quien afirma, seguramente con razón o cuando menos merecedor de tenerla, que aún hoy se usa y por muchos años, en cierta comunidad claustral que cuenta con un muro de ladrillo sin revocar, un muro por cuyos agujeros sale, de atardecida, un extraño artilugio de color cromo. Dicen —hecho no comprobado, aunque probable— que por él se espían los servidores de la patria apéndices de los quintos, quienes, al darles suelta de paseo o rebaje, exoneran la vejiga junto a la tapia conventual.

— ¡Ay, Sor, no seas imprudente, oculta el catalejo que vamos a acabar todas en la hoguera como la Santa Patricia! —claman, al parecer, las discretas.

— ¡Bah, si éso es peccata minuta! —replica siempre Sor Sopera mostrando su ojo ennegrecido por el cromo y dilatado por la contemplación.

— ¿Peccata minuta, hermana? — dicen que se preguntan gregorianamente y a coro las necias, las melindrosas— Pero si las hay mismamente como sobrasadas mallorquinas...

Lector: si estás interesado en hacerte con el invento para explotarlo comercialmente —cosa comprensible aunque no plausible—, o si sólo persigues descubrir cuanto de verdad o mentira encierra esta aparente fisga de la vox populique ya anda en chistes, no tienes más que saltar de atardecida la tapia y esperar a ver salir el artilugio de cromo. Pero no te enfades luego, amigo lector, si pillándote in fraganti te llaman soperero. Es que en Murcia se llama a las cosas por su nombre.